

El desafío de la educación teológica hispana en la sociedad estadounidense en las próximas dos décadas (1/2)

Dr. Justo L. González



Iglesia de Dios
Orlando, Florida
9 de marzo de 2012

El desafío de la educación teológica hispana en la sociedad estadounidense en las próximas dos décadas (1/2)

El tema que se me ha propuesto es “El desafío de la educación teológica hispana en la sociedad estadounidense en las próximas dos décadas”. El tema me parece harto pertinente y hasta urgente, pues al tiempo que la iglesia en este contexto crece a pasos agigantados parece que vamos quedando rezagados en cuestión de teología y de educación teológica. Y permítaseme aclarar que con esto no quiero decir única ni primeramente que no estemos suficientemente representados en las escuelas teológicas — sobre lo cual volveremos más adelante. Lo que quiero decir es mucho más serio y urgente: quiero decir que, al tiempo que crecemos en número, no parecemos profundizar en el entendimiento de la fe. En algunos casos, me atrevería a decir que somos como la espuma, por cuanto crecemos rápidamente. Pero también somos como la espuma, por cuanto buena parte de nuestro pueblo se deja llevar de todo viento de doctrina.

Esto es serio, no solo para las iglesias mismas, sino también para todo el país. Los datos del censo apuntan unánimemente hacia un enorme crecimiento de la población latina en los Estados Unidos. Otros datos señalan que no hay institución en nuestros barrios que tenga mayor permanencia e influencia que las iglesias. Las iglesias son uno de los pocos lugares en los que nuestra juventud se forma en cuanto a valores sociales, en cuanto a responsabilidades mutuas y hasta en el comportamiento político. Luego, si los líderes y los miembros de esas

iglesias no tienen suficiente perspicacia humana y teológica para juzgar acertadamente acerca de los retos, promesas y amenazas de la sociedad que va emergiendo, esto afectará profunda y negativamente tanto a las iglesias mismas como a esa sociedad en la que su Influencia será cada vez mayor.

Luego, el tema que nos ocupa es pertinente y urgente, no solo para las iglesias mismas, ni siquiera para la comunidad latina, sino para todo el país y su futuro.

Por otra parte, quisiera ampliar el tema propuesto en dos direcciones que me parece son importantes. La primera es que en lugar de “desafío”, estoy convencido de que debemos hablar en términos de “desafíos”, en plural. Como espero mostrar en unos instantes, no se trata de un solo desafío, sino de varios que se entremezclan y a los cuales por tanto es más difícil responder. Luego, hablemos en términos de “desafíos” más bien que de “desafío”.

La segunda dirección en la que me parece necesario ampliar el tema tiene que ver con el sentido de la frase “el desafío de la educación teológica hispana”. Esto puede entenderse de dos maneras. Por una parte, puede referirse a los desafíos a que la educación teológica hispana se enfrenta. Pero, por otra parte, también puede y debe entenderse como los desafíos que la educación teológica hispana representa para otros —en concreto, para la educación teológica en este país en general. Me parece que es de suma importancia que incluyamos esta segunda dirección en nuestra conversación, aunque sea someramente, pues la iglesia de Jesucristo es

solo una —ya sea la iglesia hispana, ya la anglosajona, o ya la china. Esa unidad de la iglesia es tal que cuando un miembro se duele todos los miembros se duelen a una. Y es tal que cuando hablamos de la educación teológica hispana tenemos que hablar también de los recursos y programas con los que cuenta la iglesia en general, y de los modos en los que nuestra presencia y nuestra educación teológica han de afectar la empresa toda de la iglesia en todo el país —tanto hispana como no.

Pasemos entonces a los desafíos a que se enfrenta la educación teológica hispana.

Posiblemente el primero y más importante sea ampliar nuestra visión de lo que es educación teológica. A partir del siglo 16, pero sobre todo del 19 para acá, el patrón más común en las iglesias es pensar en la educación teológica como preparación para el ministerio ordenado. Digo que esto cobró impulso en el siglo 16, porque fue entonces, en medio de los debates doctrinales entre católicos y protestantes —y entre protestantes entre sí— que se fue difundiendo la idea de que para ser pastor se requería una preparación académica especial, ya fuera universitaria, o ya en seminario. Y de paso cabe notar que la palabra “seminario” en el sentido de lugar de preparación de pastores surgió por primera vez entre católicos en el siglo 16, y que fue el Concilio de Trento el que la consagró como modelo para la preparación ministerial. Originalmente, la palabra “seminario” quería decir “semillero”, y por tanto lo que el Concilio de Trento proponía era que se crearan semilleros de jóvenes que, como un semillero en un huerto, se formarían protegidos de las amenazas del ambiente circundante y que luego, como las plantas de un semillero, se trasplantarían al mundo real en el cual vive la iglesia. La

idea era que de ese modo los jóvenes pastores se criaran sin la contaminación de todas las ideas que parecían amenazar la fe, y de las tentaciones y perplejidades de la vida en el mundo. Como en el caso de un semillero en un huerto, pronto se vio que el problema estaba en cómo trasplantar aquellas plantas formadas bajo la protección de un ambiente controlado, pues buen número de esas plantas no podía sobrevivir en el ambiente más difícil y amenazante de la vida de la iglesia en medio de la sociedad.

A fines del siglo 18 y durante el 19 y buena parte del 20 un nuevo factor se le sumó a esto: el auge de las ciencias físicas, biológicas y humanas. Todas esas disciplinas pretendían merecer el título de “ciencia” —es decir, de verdadera sabiduría— sobre la base de su objetividad. Pronto las escuelas universitarias de teología, cuyos estudios no eran comprobables de la misma manera, se vieron asediadas dentro de los ambientes universitarios. Frecuentemente su respuesta fue reclamar para la teología una objetividad científica y comprobable semejante a las de la física o la biología —lo cual frecuentemente les ganó más respeto en los ambientes universitarios, pero menos pertinencia en la vida actual de los creyentes y de las iglesias.

Ese es el trasfondo dentro del cual hoy tiene lugar buena parte de la conversación acerca de la educación teológica. Por una parte, muchos se quejan de que las personas formadas en nuestros centros de educación teológica no se trasplantan fácilmente a la vida pastoral. Por otra parte, otros se quejan del intelectualismo de las escuelas teológicas, y buscan mejores medios y ambientes en los cuales preparar a sus candidatos al ministerio ordenado. Y, como reacción a

todo eso, hay quien declara que la educación teológica no es importante, o hasta que es perjudicial, e insiste en que basta con la inspiración del Espíritu Santo.

Pero, para nuestra conversación hoy, yo sugeriría que por lo pronto dejáramos a un lado toda esa tradición y vayamos más atrás, a los primeros siglos de vida de la iglesia. Si dentro de ese contexto nos preguntamos cómo funcionaba la educación teológica, nos sorprenderá saber que por largos siglos no hubo escuelas dedicadas a la preparación de pastores, pero que al mismo tiempo se le prestaba gran atención a la formación teológica. Fue hacia fines del siglo tercero que empezaron a surgir centros de estudios teológicos, sobre todo en Alejandría y en Antioquía. Pero el propósito de esas escuelas no era formar pastores. Quienes acudían a ellas eran personas interesadas en conocer más de su fe —en su mayoría laicos. Algunos de los estudiantes de esas escuelas, como Gregorio el Taumaturgo, llegaron después a ser pastores. Pero hasta donde sabemos no iban a esas escuelas para luego buscar la ordenación, sino que iban sencillamente para profundizar en su fe.

Esto no quiere decir que no se le prestara atención a la teología y a los estudios bíblicos y teológicos. En el siglo cuarto, cuando Ambrosio, uno de los más famosos pastores, predicadores y teólogos de su tiempo, fue hecho pastor inesperadamente, ya sabía bastante de la fe que debía enseñar y predicar, pero inmediatamente mandó a buscar a un mentor que le enseñara teología. Y el más famoso teólogo de toda la iglesia de Occidente, San Agustín, nunca fue a una escuela teológica, sino que se dedicó a estudiar teología y a escribir sobre ella, de tal modo que

cuando se le hizo pastor a la fuerza ya era un reconocido teólogo, y a partir de entonces su experiencia pastoral fue refinando su teología.

En una palabra, en la iglesia antigua la relación entre los estudios teológicos y la ordenación no era como pensamos hoy, una secuencia en la que primero vienen los estudios y luego la ordenación. Lo que es más, no había programa de estudios especiales para quienes buscaban la ordenación.

Lo que había era un programa de educación para la iglesia toda. Este programa tenía lugar en dos ámbitos: la preparación de candidatos al bautismo y la primera parte del culto, que se conoce como el “servicio de la Palabra”.

Veamos primero al servicio de la Palabra. Como sabemos, en la iglesia antigua se celebraba la comunión todas las semanas, normalmente en la madrugada del domingo. A esta parte del culto se le llamaba “el servicio de la mesa”, e iba precedido de un período, a veces de varias horas, conocido como “el servicio de la Palabra”. Lo que se hacía en este servicio de la Palabra era leer y explicar las Escrituras. (Recordemos que en esos tiempos no había Biblias impresas, y que por tanto esta era la única ocasión que los creyentes tenían para escuchar la lectura de la Palabra.) En esa lectura no sólo se explicaban los pasajes individuales, sino que también se les relacionaba con la persona de Jesucristo, con la vida de la iglesia y con la esperanza del Reino —normalmente mediante interpretaciones tipológicas, sobre las cuales podemos volver si se

desean más explicaciones. Luego, el servicio de la Palabra era toda una ocasión de educación teológica.

A esto hay que añadir la preparación para el bautismo, que normalmente duraba entre dos y tres años. Esa preparación recibía el nombre de “catecumenado” —derivado de “catequesis”, que quiere decir “enseñanza”— y quienes la seguían, es decir, los candidatos al bautismo se llamaban “catecúmenos”.

Los primeros conversos al cristianismo eran, o bien judíos, o bien “temerosos de Dios” —es decir, personas que, como Cornelio y el eunuco etíope, conocían la fe de Israel, creían en su Dios y seguían sus principios morales, pero por alguna razón no se hacían judíos. Cuando tales personas aceptaban a Jesucristo como el Mesías, no era necesario instruirles acerca de esos principios morales, de la necesidad de evitar la idolatría, de la historia de Israel, o de otras cuestiones semejantes. Ya todo eso lo sabían y lo practicaban. Luego, era factible bautizarles de inmediato, como ocurre en Jerusalén en los primeros capítulos de Hechos, en el camino a Gaza con el eunuco etíope, y en Cesárea con Cornelio y su casa. Ciertamente, aceptar a Cristo no era cuestión fácil y sin importancia; pero los cambios que se requerían en la vida y en las creencias no eran drásticos.

Pero según la nueva fe fue penetrando ambientes que no conocían la religión de Israel, ni tampoco las exigencias morales del Dios de Israel y de la iglesia, se hizo necesario desarrollar

medios por los cuales asegurarse que quien se bautizaba comprendiera lo que estaba haciendo, y hubiera practicado la vida cristiana por algún tiempo, de modo que conociera por experiencia propia lo que se requería de los creyentes, así como las dificultades que tendría en la sociedad por el hecho mismo de ser cristiano y parte de la iglesia. Fue esa necesidad lo que le dio origen al catecumenado.

Si alguna persona declaraba que quería hacerse cristiana y unirse a la iglesia, se le pedía ante todo que diera muestras de la firmeza de su propósito. Dadas esas muestras a satisfacción del obispo —lo que podía tomar algún tiempo— se le incluía entre los audientes, es decir, los oidores u oyentes —algo así como lo que hoy llamaríamos “simpatizantes”, o “adherentes”. Tales personas podían y debían asistir al servicio de la Palabra, pero antes de comenzar el servicio de la mesa —es decir, la comunión— se les despedía.

Cuando un audiente había mostrado la seriedad de su propósito mediante su rectitud de vida y su perseverancia en el oír, se le incluía entre los “catecúmenos”. La admisión al catecumenado era un paso formal, con ciertos ritos entre los cuales se contaba la señal de la cruz sobre la frente. Una vez declaradas parte del catecumenado, tales personas no partían del servicio junto a los audientes, sino que esperaban a que se pronunciara sobre ellos una oración especial. Era entonces que se les despedía, antes de pasar a la celebración de la comunión.

El catecumenado era un período de instrucción, tanto doctrinal como moral y litúrgica. Al

principio de ese período el énfasis recaía sobre la moral y la fidelidad al Señor. Lo que se subrayaba era la práctica de la vida cristiana, y la necesidad de ser fiel tanto frente las presiones sociales que eran una realidad constante para los creyentes como frente a la persecución que, aunque esporádica, siempre era una posibilidad.

Cuando los catecúmenos completaban su período de preparación, es decir, tras dos o tres años, se les incluía entre los *competentes*. Los competentes pasaban entonces por varias semanas de preparación especial e intensa antes de recibir el bautismo. Puesto que el bautismo se administraba normalmente en Pascua de Resurrección, ese período final de preparación especial, en el que toda la iglesia oraba y ayunaba por los competentes que estaban a punto de recibir el bautismo, es el origen de la Cuaresma. Durante ese período, la preparación incluía las doctrinas, alguna instrucción acerca del bautismo y de la comunión —de la que nunca habían participado— y la práctica de una disciplina estricta.

Por fin se les bautizaba, normalmente a medianoche o de madrugada en el Domingo de Resurrección. La ceremonia del bautismo, acerca de la cual se sabe bastante, pero sobre la cual no puedo detenerme aquí, era impresionante y significativa.

En cuanto a los pastores, eran elegidos por la congregación, normalmente entre sus miembros, o si no entre los de alguna iglesia cercana. Lo que tales personas traían al pastorado era su propia vida y testimonio, y el conocimiento de las Escrituras y de las enseñanzas de la iglesia

que habían aprendido como miembros de la congregación. Naturalmente, dado el carácter del ministerio a que se les llamaba, eran personas que al menos sabían leer, y así dirigir el servicio de la Palabra.

En resumen, en la iglesia antigua no había diferencia entre la preparación teológica y bíblica que el laicado recibía y la que llevaba a la ordenación. Ciertamente, quien era ordenado tenía que mostrar que su entendimiento de la fe cristiana era correcto, para lo cual les enviaba a todos los pastores cercanos copias de un documento en el cual explicaba su fe. Y además, después de ordenado, tenía que seguir estudiando a fin de poder dirigir el servicio de la Palabra, participar en la preparación de nuevos catecúmenos, etc. Pero como preparación para la ordenación misma, no tenía sino los estudios del resto de la congregación —a los que en algunos casos se añadían estudios seculares, particularmente de retórica o de filosofía.

Tal fue la situación por siglos. Aunque durante toda la Edad Media hubo muchos pastores eruditos, durante todo ese tiempo nunca se pensó que hubiera algún programa de estudios que capacitara a una persona para el ministerio. Ciertamente, en los mejores tiempos se esperaba que los ministros fueran personas estudiosas de las Escrituras, y capaces de explicárselas al pueblo. Pero la conexión estrecha entre la educación teológica y la ordenación que hay hoy en muchas iglesias no existía. Había algunos laicos y numerosos monjes y monjas que, sin aspiración alguna a la ordenación, se dedicaban al estudio sencillamente por amor a Dios y al evangelio. Había pastores —particularmente obispos— altamente educados. Pero las dos cosas

no iban siempre de la mano. Cuando, en el período de oro de la Edad Media, surgieron las universidades con sus escuelas de teología, no se iba a ellas para prepararse para la ordenación. Muchos de quienes acudían a ellas ya eran ordenados. Los estudios teológicos universitarios, más bien que preparar a los estudiantes para la ordenación, tenían dos propósitos o funciones principales: para muchos, eran expresión del amor hacia Dios y sus verdades; para otros, eran un modo de prepararse para servir como altos funcionarios, ya fuera en la iglesia o en el estado.

Volviendo entonces a los desafíos de la educación teológica hispana, me parece que toda esa historia nos presenta con dos desafíos. El primero de ellos es cómo volver a hacer de tal educación, no el predio de pastores ordenados, sino tarea de toda la comunidad de fe. Tenemos que descartar la visión predominante de la educación, que hace de ella un instrumento de control y de poder, como el abogado que cobra por lo que sabe, y que por tanto no quiere que sus clientes sepan tanto como él. En la educación teológica, el propósito ha de ser todo lo contrario: hacer que la feligresía sepa tanto como sea posible, que aprenda a juzgar teológicamente todas las situaciones en que se encuentra, que sepa distinguir entre la verdad y el error, sin que el pastor o pastora tenga que decirle a cada paso lo que ha de creer o de hacer.

En otras palabras, el verdadero valor de la educación ministerial no ha de medirse tanto en términos de lo que el pastor o pastora sabe, sino más bien en términos de cuánto, cómo y con qué fidelidad enseña.

(Es por esto que, en varios de los cursos a distancia que AETH está preparando...)

El segundo desafío es paralelo al primero. La iglesia antigua dejó de bautizar inmediatamente a los conversos cuando la mayoría de esos conversos no eran ya ni judíos ni “temerosos de Dios”, sino paganos completamente desconocedores del mensaje bíblico y de las promesas y acciones de Dios. La iglesia hispana se encuentra en una transición semejante. Cuando los misioneros protestantes primero llegaron a nuestras tierras, no tenían que enseñarles todo a sus nuevos conversos. La gente sabía que no hay más que un Dios, que Dios es Padre, Hijo y Espíritu Santo, que ese Dios se encarnó en Jesucristo, etc. También sabían al menos los principios fundamentales de la ética cristiana. Por tanto, era dable bautizarles de inmediato, sin más preparación que alguna instrucción sobre nuestras iglesias y sus doctrinas. Pero hoy las cosas van cambiando. Hoy no podemos dar por sentado que cada latino o latina que viene a nuestra iglesia y que responde positivamente al llamado del evangelio sabe tales cosas —es muy posible que no tenga más que una idea vaga de lo que significa eso de “aceptar a Jesús”. En ese sentido, si los católicos que antes bautizábamos eran como los “temerosos de Dios” del Nuevo Testamento, muchas de las personas que ahora se convierten vienen de un trasfondo completamente secular, o traen sus propias supersticiones —y en eso se asemejan a los gentiles para los cuales la iglesia antigua instituyó todo el proceso del catecumenado.

Luego, si el primer desafío es devolverle la educación teológica al laicado, el segundo es desarrollar programas, métodos y procedimientos paralelos al catecumenado de la iglesia

antigua, de modo que nuestra feligresía conozca a fondo lo que ha creído, así como sus implicaciones para la vida cotidiana. Esto requiere todo un programa de educación que incluya no solo a pastores y candidatos al pastorado, sino también a maestros de escuela dominical, líderes de estudio bíblico, líderes de adoración y alabanza, y toda otra persona cuyo ministerio le provea ocasión para la formación bíblica y teológica del pueblo de Dios. La educación teológica no ha de ser un instrumento de autoridad en manos del clero, sino la capacitación de todo el pueblo de Dios para llevar vidas de fidelidad y de testimonio en medio del difícil mundo en que nos movemos. Y el bautismo ha de requerir un proceso de preparación paralelo al catecumenado en la iglesia antigua.

Pasemos entonces al tercer desafío. Este es el desafío de retener lo nuestro, de no dejar de ser iglesia latina, de mantener la vitalidad y el estilo que nos son característicos. Este desafío no es tan fácil como parece, pues no basta con retener lo nuestro, sino que hay que saber cómo retenerlo.

Me explico. Es fenómeno frecuente en nuestras iglesias latinas aquí en los Estados Unidos el que una congregación se dedique a preservar las tradiciones, costumbres y lengua de su cultura. Frecuentemente nuestros hijos no tienen otro ambiente en el cual conocer esa cultura que el de la iglesia. En la sociedad circundante, todo parece militar contra nuestra cultura. La televisión que los jóvenes ven, la música que escuchan, las escuelas a que asisten, sus círculos de compañeros y amigos, todo lleva el sello de otra cultura diferente de la nuestra. Y la mayoría

de esas cosas está fuera de nuestro control, sobre todo según los jóvenes van creciendo y buscan expresar su independencia. Pero la iglesia sí está bajo nuestro control. El resultado inmediato es que frecuentemente vemos en la iglesia el modo de asegurarnos de que nuestros hijos y nietos hablen nuestra lengua, canten nuestra música, hagan las cosas como se hacían en nuestras tierras de origen. Y el resultado a largo plazo es que los conflictos intergeneracionales, que generalmente son inevitables y hasta necesarios, se vuelven conflictos interculturales que llevan a muchos de nuestros jóvenes a dejar una iglesia que no les permite ser quienes en realidad son.

Para complicar las cosas, la verdad es que, aunque muchas veces nos neguemos a aceptarlo, aquellas tierras de donde vinimos ya no son lo que eran en nuestra juventud. La cultura puertorriqueña, o cubana, o mexicana, o lo que sea, ya no es lo que era hace veinte años. Las culturas son realidades vivientes, y por tanto realidades en cambio constante. De igual modo que cualquier ser viviente que deja de cambiar está en proceso de morir, lo mismo sucede con las culturas. Una cultura que no cambia está moribunda. Luego, aunque parezca lo contrario, el tratar de preservar nuestra cultura intacta es un modo de matarla.

Pero hay también la otra cara de la moneda. Nuestra cultura es parte de lo que somos. No podemos deshacernos de ella como quien se quita una camisa. Tenemos nuestro modo de ser quienes somos, y de eso no podemos desprendernos por mucho que lo deseemos. Lo que es más, eso es bueno, pues es en el encuentro unas con otras que las culturas crecen y que nuevas

culturas se van forjando.

Cuando, en medio de una cultura dominante, nos olvidamos de quiénes somos, de lo que podemos contribuir al bienestar general de la sociedad, somos como la sal que pierde su sabor. Nuestras iglesias tienen su propio modo de ser iglesia. Ese modo no es ni mejor ni peor que el de las iglesias de la cultura dominante. Pero sí es diferente. Y, precisamente por ser diferente, tiene algo que contribuir a la iglesia como un todo, tanto en nuestra cultura como en las otras con que nos topamos.

Dentro de todo eso, el desafío para la educación ministerial resulta claro. Si se trata de la clase de educación ministerial a que me refería antes, es decir, de una educación para todo el pueblo de Dios, cada cual en el ministerio que le ha tocado desempeñar, nuestra educación debe preparar a quien enseña en la escuela dominical para hacerlo de tal modo que les permita a los alumnos crecer en la fe, apreciar la cultura de sus antepasados, y al mismo tiempo ser cristianos fieles dentro de la cultura en que les ha tocado vivir. Si se trata de quien dirige la alabanza, nuestra educación ministerial deberá ayudarlo a cantar los cantos de Jehová en tierra extraña, y al mismo tiempo a ajustar esos cantos a la tierra extraña que es nuestra tierra de misión. Quien dirige la alabanza tendrá que aprender a hacerlo con un sentido claro del propósito de esa alabanza, de la dinámica y movimiento del culto, y al mismo tiempo de la realidad multicultural en la que vive el pueblo que adora con nosotros. Y si se trata de quien predica —es decir, si se trata de la educación teológica en el sentido restringido, como preparación para el ministerio

pastoral— tiene que ser una educación que nos permita predicar con sabor latino, pero también con relevancia para el contexto diferente en que nos ha tocado vivir.

Ese es, repito, el tercer desafío: cómo producir una educación teológica que nos ayude a ser quienes hemos venido a ser —personas que vivimos dentro de una cultura diferente de la que nos ha formado— que nos ayude a ser quienes fuimos —personas procedentes de otras culturas— y que nos ayude a ser quienes hemos de ser —testigos de Jesucristo tanto en nuestra cultura como en la dominante, personas quienes, precisamente porque vivimos entre dos culturas, vemos y proclamamos dimensiones del evangelio que pueden estar ocultas tanto para la cultura de nuestro pasado como para la cultura de nuestro presente.

Pero, ya que me he referido a la educación teológica en el sentido estricto de preparación para el ministerio pastoral, pasemos a los desafíos que esa educación teológica nos presenta.

El primero de ellos es cómo proveer educación teológica dentro de las realidades en que vive nuestro pueblo. La educación teológica formal, según la entienden las instituciones de este país, está fuera del alcance de la mayoría de nuestros candidatos al pastorado. Es una educación que exige, tras cuatro años de estudios a tiempo completo en la escuela superior, cuatro años más de universidad o colegio, y por último otros tres de seminario. Todo esto presupone que se cuenta con los recursos para dedicarse exclusivamente a los estudios. Quien no tiene tales recursos, y por ello decide seguir esa ruta a tiempo parcial, bien puede resultar que, tras

terminar la escuela superior, tenga que estudiar otros doce o quince más. Es por eso que en las escuelas acreditadas por la Association of Theological Schools (ATS), de un total de casi 33,000 personas matriculadas en el programa de Maestría en Divinidad, 1,230 son latinas —lo cual equivale a un 3.75% del alumnado total. Es verdad que hace unos años esa cifra era el 2%, y que por tanto señala cierto progreso. Pero en esos mismos años la población latina del país casi se ha duplicado, y por tanto el progreso, aunque real, es mínimo. Además, hay que recordar que esto se refiere al número de personas matriculadas. Puesto que muchos de los estudiantes hispanos toman bastante más de tres años en graduarse, la proporción de graduados cada año es bastante menos del 3.75% que acabo de mencionar.

Aparte de cualquier otro defecto de esa educación teológica tradicional, este método de educación teológica sencillamente resulta insuficiente para iglesias como las nuestras, con un crecimiento acelerado y por tanto con urgente necesidad de más y más pastores. Es por razón de esa situación que nuestros institutos bíblicos crecen, florecen y se multiplican. Esos institutos tienen un lugar indispensable en la educación teológica latina, y son respuesta a este desafío de proveer educación teológica dentro de nuestro contexto y en respuesta a las necesidades de nuestras iglesias.

Pero, al tiempo que nuestros institutos bíblicos son respuesta al gran desafío de proveer educación teológica, me parece que esos mismos institutos se enfrentan hoy a otros desafíos:

El primero de ellos es proveerles a los estudiantes un currículo definido y bien pensado. Hay demasiados institutos bíblicos en los que lo que se enseña depende de quién está disponible para hacerlo y cuáles son sus intereses. Hay institutos bíblicos en los que, por falta de secuencia entre los cursos, estos no se construyen unos sobre otros. Hay institutos bíblicos en los que quien se matricula para empezar no sabe lo que ha de hacer para terminar. Por ello, un instituto bíblico que pretenda responder a las necesidades reales de nuestro pueblo ha de tener un currículo bien pensado y ha de desarrollar los recursos —tanto de personal como de administración, biblioteca, etc.— para ofrecerlo seria y consistentemente.

El segundo desafío ante nuestros institutos bíblicos es cómo relacionarlos unos con otros. Todos conocemos casos en los que alguien ha estudiado en tres o cuatro institutos bíblicos, y en cada uno de ellos se le ha requerido empezar de nuevo, como si lo aprendido en otro lugar no sirviera de nada. Esto resulta inevitable, entretanto los institutos bíblicos no se conocen unos a otros. Pero es también señal de un temor de los demás, y de un deseo de controlar a nuestros propios estudiantes, como si lo que nosotros enseñamos no pudieran recibirlo en ningún otro lugar. En sus mejores condiciones, un instituto bíblico no ha de ser una fuerza centrípeta, atrayendo a los estudiantes hacia sí mismo y tratando de retenerlos, sino más bien una fuerza centrífuga —lo cual equivale a decir una fuerza misionera, cuyo propósito es, no retener a los estudiantes, sino hacerles salir en misión a mundos extraños y a lugares insospechados.

Esto nos lleva al próximo desafío ante los institutos bíblicos. Este es el desafío de reconocer

nuestra ignorancia. No hay mejor maestro que quien está dispuesto a decir “no sé”. Y lo que es cierto de toda educación lo es más de la educación teológica, donde en última instancia el Dios acerca de quien enseñamos es un misterio inescrutable cuyos caminos no son nuestros caminos. En el contexto de la educación teológica, el “no sé” no es solo señal de humildad, sino que es también confesión de fe. Es confesión de que “ahora vemos como por espejo, en oscuridad”. Quien pretenda conocer como es conocido, quien pretenda conocer todos los misterios y toda la ciencia, por ese mismo hecho está negando el misterio de Dios y la inescrutable riqueza de sus promesas.

Pero la ignorancia no se debe solo a la inmensidad de Dios, sino también a la inmensidad de conocimientos que hoy están accesibles. Hoy hay quien dedica toda su vida a estudiar, por ejemplo, el Evangelio de Lucas, y todavía le queda mucho por aprender. En cualquier biblioteca teológica de mediano tamaño bien puede haber más de un centenar de libros sobre Lucas. Cualquier verdadero especialista en Lucas tendrá que confesar que hay algo que no sabe, que hay algo acerca de lo cual tiene que consultar a otro especialista. Luego, pretender saberlo todo, pretender tener respuesta a todas las preguntas de nuestros estudiantes, es engañarnos a nosotros mismos y engañarlos a ellos. Esto quiere decir que parte de nuestra tarea como educadores es darles a nuestros estudiantes al menos un atisbo de la inmensidad de conocimientos posibles. En ese sentido, hay algunos pasos que se pueden dar fácilmente y sin costo. Lleve a sus estudiantes a una buena biblioteca teológica, y déles tiempo para caminar entre los estantes y ver cuánto hay allí. Haga arreglos con esa biblioteca, de modo que sus

estudiantes tengan acceso a ella. (Problema del idioma. Internet)

De lo cual se sigue el próximo desafío a nuestros institutos bíblicos. Ese desafío consiste en hacer todo lo posible por no enseñar nada que los estudiantes que continúen sus estudios luego tengan de desaprender. Si usted no lo sabe todo sobre el Evangelio de Lucas, sepa al menos lo suficiente para que su enseñanza no contradiga lo que sus estudiantes puedan encontrar más adelante. Uno de los problemas más serios que tienen nuestros graduados de institutos bíblicos es que, si deciden seguir estudiando, lo que han aprendido no les sirve de mucho. (AETH y ATS. Pero tenemos que estar dispuestos a hacer de nuestra parte.)

Esa relación entre AETH y ATS nos lleva al próximo desafío, que consiste en abrirles paso a nuestros estudiantes para estudios más avanzados. Eso no quiere decir que nos olvidemos de los institutos bíblicos. Los institutos bíblicos tienen funciones que ningún seminario puede cumplir. Pero sí quiere decir que, en parte para proveernos líderes que puedan enseñar en los institutos bíblicos, y en parte para proveernos líderes que puedan ayudar a la iglesia a responder con creatividad y fidelidad a los nuevos retos que van apareciendo, necesitamos que un número mayor de nuestros líderes alcancen los más altos niveles de educación teológica. Si la iglesia latina ha de hacer una contribución significativa al resto de la iglesia, y si ha de hacerse oír dentro de esa iglesia, necesitaremos líderes capaces de hablarle a ese resto de la iglesia. Y para esto una educación teológica avanzada es casi indispensable. Y, si hemos de enfrentarnos a los nuevos retos de maneras a la vez creativas y fieles al evangelio, necesitaremos de los

recursos que nos permitan entender lo que está sucediendo a nuestro derredor, y en qué consiste la obediencia y la fidelidad en el día de hoy.

Luego, otro de los desafíos a que nos enfrentamos es proveer el ambiente, el estímulo y los recursos necesarios para que al menos un buen número de nuestros estudiantes pasen del instituto bíblico al seminario, y posiblemente del seminario a estudios doctorales.

Pero aun al tiempo que nos vamos abriendo paso en los ámbitos de la ATS y de la educación teológica avanzada, nos queda todavía un desafío que no debemos olvidar. Ese desafío es cómo conservar la esencia de quiénes somos aun en medio de sistemas de educación que por su propia naturaleza nos llevan en otras direcciones. Frecuentemente oímos decir que el seminario le quitó la fe al joven Fulano. Pero la cosa no es tan sencilla. Lo que normalmente sucede no es que le enseñen cosas que no debería saber. Lo que sucede es que sus maestros y compañeros saben poco acerca de la vida espiritual y eclesiástica en que el estudiante se ha formado. El estudiante se involucra en un ambiente que por su propia naturaleza le aleja de sus raíces tanto culturales como eclesiásticas. Y no es solo el estudiante quien se aleja de la iglesia, sino también la iglesia quien se aleja del estudiante.

Luego, en respuesta a ese desafío tenemos que asegurarnos de que la iglesia misma del estudiante, tanto al nivel congregacional como al nivel denominacional, no le olvide, sino que le acompañe en sus estudios, de modo que el estudiante mantenga su contacto con las raíces de

donde viene. Un modo de hacer esto, por ejemplo, es usar al estudiante mismo como maestro de otros dentro de su iglesia —posiblemente en un instituto bíblico. Tales responsabilidades le obligarán a cada paso, al aprender algo en el seminario, a relacionarlo con la vida de la iglesia. De ese modo su educación, en lugar de ser abstracta y teórica, le ayudará a relacionar lo aprendido en la escuela con lo vivido en la iglesia y en la comunidad.

Esto mismo puede decirse de otro modo. Si recordamos lo que decíamos al principio acerca de cómo se formaban los líderes en la iglesia antigua, veremos que la educación teológica no es tarea de los seminarios, sino de la iglesia toda. Los seminarios e institutos bíblicos son parte de la iglesia, y han de estar a su servicio. Pero en última instancia quien es verdaderamente responsable por la formación teológica de toda la iglesia —tanto de sus pastores como de toda la feligresía— es la iglesia misma. Si la iglesia no se involucra en la educación teológica de sus propios líderes, no tiene mucho derecho a criticar lo que acontezca en las instituciones de educación teológica.

Por último, al responder a ese desafío estaremos empezando a responder a toda otra serie de desafíos que mencioné al principio, pero cuya discusión ha de quedar para otra ocasión. Me refiero a los desafíos que nuestra formación teológica y la vida de nuestras iglesias le presentan —o deberían presentarle— a la educación teológica en el resto de la iglesia. La razón por la cual me interesan los esfuerzos de AETH para obtener acreditación para nuestros institutos bíblicos no es solamente que nuestra gente pueda estudiar. Es también que estoy convencido de que la

presencia de nuestro pueblo y de nuestra experiencia religiosa en los ámbitos académicos puede ser el comienzo de una renovación de la educación teológica, no ya solamente en el contexto latino, sino en toda la iglesia. Al entrar a tales ámbitos, no vamos solamente buscando lo que ellos nos pueden dar, sino también ofreciendo algo de lo que Dios nos ha dado.

En este sentido, el gran desafío que la educación teológica latina le plantea a la educación teológica formal y tradicional —y por tanto también nuestra principal contribución— es un llamado a reconceptualizar el modo en que se entiende la relación entre la reflexión y la acción, o entre la enseñanza y la práctica. Por una serie de razones, la educación teológica moderna tiende a dar por sentado que primero vienen el aprendizaje, la teoría y la reflexión, y después la práctica y la acción. Es por eso que se espera que una persona pase tres años en un seminario aprendiendo lo necesario para el ministerio, y después empiece a ejercer ese ministerio. Pero lo cierto es que la relación entre la teoría y la práctica, entre la acción y la reflexión, es tan circular como la relación entre el huevo y la gallina.

Buena parte de la preparación teológica tradicional rompe ese círculo, por lo cual frecuentemente la teoría se queda en las nubes. Y, de igual modo que es difícil trasplantar algo del semillero al huerto, así también los graduados de seminario tienen dificultades al trasplantarse a la práctica actual del ministerio.

En contraste con esto, buena parte de la educación teológica latina sigue un proceso de

constante circulación entre la práctica y la teoría. En la mayoría de los casos, esto no se debe a que hayamos hecho un profundo análisis pedagógico, sino que se debe más bien a la necesidad de enseñar en la situación en que nos encontramos y con los recursos que tenemos. Pero ese hecho mismo es un ejemplo más de la circularidad entre la acción y la reflexión. Por ello, si algo caracteriza toda nuestra educación teológica es esa circularidad.

Es precisamente en este punto que nuestra educación teológica le plantea a la educación teológica tradicional el más grande desafío y la más valiosa contribución: Nuestra mera presencia es ya un testimonio y un llamado a un modo diferente de entender y de practicar la educación teológica. Al presente, ese testimonio y ese llamado no parecen más que un suave suspiro al que las escuelas de teología no tienen que prestar mayor atención. Pero en las próximas décadas ese testimonio y ese llamado se volverán cada vez más fuertes, y el día llegará cuando vendrán a enriquecer toda la educación teológica, no ya solo latina, sino de la iglesia toda. ¡Así sea!